

## EL CONTROL DE LOS DERECHOS HUMANOS Y LA DOCTRINA DE LA SEGURIDAD NACIONAL

Abraham Guillén

---

### RESUMEN

---

**D**espués de muchos siglos de historia, a pesar de nuestro progreso científico, tecnológico y económico, la guerra no ha sido erradicada de la sociedad contemporánea; desde la terminación de la segunda guerra mundial, se han producido más de cien conflictos armados entre las naciones o dentro de las naciones: guerras nacionales o guerras revolucionarias.

No obstante los ideales de paz universal y orden mundial de las Naciones Unidas, la guerra sigue siendo una amenaza para la humanidad, especialmente en una época en que las guerras revolucionarias se hacen sin frentes fijos, sin grandes batallas duraderas, con pueblos en armas, como está sucediendo en algunos países centroa-

americanos donde, por la naturaleza política o de clase de esas guerras, no se respetan, ni poco ni mucho, los derechos humanos, las libertades fundamentales del hombre, los convenios internacionales de tratamiento justo a los prisioneros de los bandos en guerra.

No hay buena guerra ni paz que dure siempre, mientras el mundo no sea un solo país o una confederación mundial de países unidos: sin antagonismos de clases, raciales, regionales, religiosos o de otro tipo. Mientras el mundo esté dividido en "zonas superimperialistas de influencia" del imperialismo o del hegemonismo, la humanidad no se liberará de los conflictos armados.

Europa ha dejado de ser el epicentro de las fuerzas históricas; actualmente el eje de la historia se desplaza hacia el Asia. No obstante, el eje central tiene una de sus lunas principales en la América del Norte, por su gran poder tecnológico, económico y estratégico; y otra en la América del Sur, por su gran reserva de materias primas en una zona alejada de los principales o posibles teatros de una tercera guerra mundial. Así, pues, si la América Latina supiera desarrollar sus economías ante un mundo en ruinas (si estallara la tercera guerra mundial), se constituiría en una de las principales potencias de finales del siglo XX y, más aún, del siglo XXI.

En el mundo en crisis de nuestro tiempo todo se ha ensayado: ideologías, políticas, neocapitalismo, capitalismo de Estado, keynesianismo, marxismo-leninismo, nazi-fascismo, liberalismo. Falta una democracia directa (asociativa), basada en la cooperación y la autogestión, que sea capaz de distribuir la crisis equitativamente para superarla entre todos solidaria y mancomunadamente: sin terrorismo, sin democracia retórica, sin totalitarismo de izquierda o de derecha, respetuosa de los derechos y las libertades esenciales del hombre.

. . . el hombre tiene que participar en la lucha por transformar una sociedad antagonica entre clases sociales y naciones rivales, para que no haya guerra ni falsas revoluciones que, andando el tiempo, se convierten en contrarrevolucionarias. Y todo

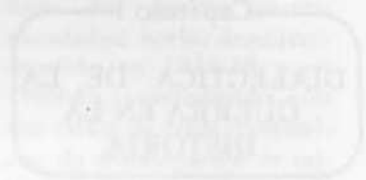
porque el hombre ideológico, pero no lógico, delega y no ejerce su protagonismo en la política: El hombre no será libre mientras no practique la democracia directa.

El mundo actual, tanto en los países comunistas como en los capitalistas, necesita ser reestructurado económica, política y socialmente. Ni la burocracia totalitaria del Este ni la burguesía monopolista del Oeste, con sus multinacionales ideológicas o económicas, evitan la crisis económica, la injusticia social, la guerra, la explotación del hombre por el capital privado o de Estado. Bajo el hegemonismo o el imperialismo el mundo constituye un permanente antagonismo: carrera armamentista, intervenciones armadas bajo la hoz y el martillo o bajo la bandera norteamericana estrellada.

No debemos repetir los ciclos largos de hecatombes universales: mejor sería entenderse, las naciones y las clases rivales, formando una gran patria universal, confederada más que unida, haciendo del mundo un solo país para lanzarnos, no unos contra otros, sino todos juntos a la conquista del espacio cósmico, donde el hombre, no siendo enemigo del hombre, será más que los dioses del Olimpo.

En el caso de la América Latina, en la división de los países que la forman reside la causa principal de su decadencia económica, de su insignificancia frente a las grandes potencias, de su falta de perspectiva histórica para pasar los grandes peligros del siglo XX y constituirse, en el siglo XXI, como Confederación de Pueblos Latinoamericanos: una de las grandes potencias destinadas a asumir la historia y no a figurar en la historieta.

Todas las políticas que no tiendan a constituir una Confederación de Pueblos Latinoamericanos son anacrónicas, no tienen vigencia, pues postulan ideologías opuestas a la realidad latinoamericana. Los pueblos latinoamericanos, confederados desde el Río Grande del Norte hasta el Cabo de Hornos, reuniendo sus poblaciones, sus recursos naturales, sus grandes mercados, sus fuentes de energía, ganarían su derecho a la paz, a la prosperidad, a la libertad y a escribir la historia futura sin que se la dicten, como ahora, las grandes potencias imperialistas o hegemonistas.



## Capítulo I

# DIALECTICA DE LA GUERRA EN LA HISTORIA

### La guerra y la naturaleza antagónica de las clases y las naciones

Las causas de las guerras, desde la más remota antigüedad hasta nuestra época, no aparecen claramente: siempre es culpable el bando que las pierde militarmente, pues la historia la dictan más bien los vencedores que los vencidos. De ahí la expresión latina: *Vae victis!* (Exclamación arrogante del galo Breno en el momento de colocar su espada en la balanza que pesaba el oro que exigía a Roma como precio por la paz dictada desde una posición de fuerza).

Y como una mala paz no se soporta siempre, en la dialéctica de la historia se ha ido, cíclicamente, desde la guerra a la paz y viceversa, sin que haya podido prevalecer el derecho y la razón entre las naciones o los bloques imperialistas antagónicos. Actualmente, después de muchos siglos de historia, a pesar de nuestro progreso científico, tecnológico y económico la guerra no ha sido erradicada de la sociedad contemporánea; pues,

desde la terminación de la segunda guerra mundial, se han producido más de cien conflictos armados entre las naciones o dentro de las naciones: guerras nacionales o guerras revolucionarias.

En todos los tiempos han existido grandes antagonismos entre las potencias que se disputan el dominio del mundo: Persia contra Grecia ó viceversa, Roma contra Cartago, etc. Y en nuestro tiempo, URSS contra E.E. U.U. o contra China, chocando sus estrategias globales o sus políticas internacionales, unas contra otras. De modo que, no obstante los ideales de paz universal y orden mundial de las Naciones Unidas, la guerra sigue siendo una amenaza para la humanidad, especialmente en una época en que las guerras revolucionarias se hacen sin frentes fijos, sin grandes batallas duraderas, con pueblos en armas, como está sucediendo en algunos países centroamericanos donde, por la naturaleza política o de clase de esas guerras, no se respetan, ni poco ni mucho, los derechos humanos, las libertades fundamentales del hombre, los convenios internacionales de tratamiento justo a los prisioneros de los bandos en guerra.

La guerra, pues, sigue siendo más probable que inevitable como si fuera consubstancial con la condición humana. En ese senti-

do, Heráclito, con su abstrusa dialéctica, dijo: "*La guerra es como todos los seres; ella es la madre de todas las cosas; de unas, hace dioses; de otros, esclavos u hombres libres*". Quiere decir, en este orden de ideas, que la guerra constituye el contenido violento de la historia, mientras un país gane lo que otro pierde, o recíprocamente, debido a la naturaleza contradictoria de la economía, del comercio mundial, que hace a unos países ricos y, a otros, pobres. Ello en cuanto a las guerras nacionales o mundiales, ya que las guerras revolucionarias son provocadas por las rivalidades de clase; porque unos son dueños de la tierra o del capital: unos producen la renta o la plusvalía que otros, sin producir nada, se las apropian. Así, pues, la libertad del amo es la dependencia del esclavo, del siervo o del proletario, según el modo de producción vigente en una época histórica. Por tanto, mientras existan estas violentas contradicciones habrá guerras entre las naciones y revoluciones entre clases sociales antagónicas.

Con paz y abundancia, con trabajo y bienestar, con una relación de intercambio justo entre las naciones, con el ascenso del consumo y el desarrollo de la cultura, pareciera que se alejaría del horizonte de una civilización abundancial, el peligro de la guerra, ya sea ésta convencional o revolu-

cionaria. Sin embargo, la "sociedad de consumo" (que ha vivido el mundo occidental desde los años 60 hasta 1980, sacudida por la crisis mundial de la energía con los "shocks" petroleros, con la desocupación en masa), ha entrado en un período de desestabilización mundial entre países productores y consumidores de petróleo, cada vez más antagónicos en sus encontrados intereses sobre los precios del crudo. Y como el Golfo Pérsico es, con las comunicaciones marítimas del Indico y del Mediterráneo, la plataforma geo-estratégica del comercio mundial de hidrocarburos, y la Unión Soviética se está asomando a esas regiones por Siria, Afganistán, Yemen del Sur y Abisinia, poniendo así frente a frente a soviéticos y norteamericanos.

En cualquier momento en que se pudiera alterar el precario equilibrio de fuerzas en el Medio Oriente, el Mediterráneo oriental y el Indico, no es descartable una confrontación entre Rusia y Estados Unidos, que podría arrastrar a China contra aquélla, mientras trate de cercar a ésta por Pakistán, India y Vietnam. Ello supondría una especie de "causus belli" universal, englobando también a Europa occidental y Japón, en defensa de sus abastecimientos petroleros, provenientes del Golfo Pérsico.



Ante un panorama internacional de rearme intensivo, de un gran volumen del comercio mundial en armamentos, de crisis económica, política y social mundial, de exacerbación del nacionalismo y del proteccionismo, de lenguaje violento entre los ideólogos que detentan el poder en las naciones o en los partidos políticos y las organizaciones, la guerra se perfila como continuidad de la política de gran potencia, a fin de convertir un Estado imperial en poder universal.

En este orden de ideas, Hegel considera la guerra como una política de "grandeur" del Estado, expresándose, al respecto, con estas palabras: *"La guerra es el punto culminante de la vida del Estado, aquel por el cual se llega a la más alta conciencia de sí mismo y a la perfección a que aspira"*. Se explica, pues, que Marx, discípulo de Hegel, dijera, completando el pensamiento de su maestro, que *"la violencia es la partera de la historia"*; y que *"la historia de toda la sociedad hasta nuestros días, es la historia de la lucha de clases"*. Como nada ha cambiado substancialmente hasta nuestra época, si las mismas causas producen los mismos efectos, nos encontraríamos ante guerras y revoluciones inevitables: cada vez más "sucias", más crueles, más destructoras, más alejadas del derecho de gentes, como estamos viendo en varios países de Centroamérica ante los cuales Costa Rica es una isla de paz.

Si después de tanto progreso, de haber llegado el hombre al espacio cósmico, proyectando una civilización planetaria, estallara la tercera guerra mundial, porque todavía tenemos las fronteras nacionales de la época del caballo, cuando un satélite artificial da la

vuelta a la Tierra en menos de una hora, significaría que hemos progresado mucho en ciencia y técnica, pero que todavía estamos (en moral, política y derechos) en la Edad de Piedra, en la lucha animal por la existencia que, entre los hombres, es lucha de clases (guerillas, insurrecciones) o lucha entre las naciones (guerras locales o guerras mundiales). Así las cosas, no precisamente la razón gobernaría el mundo, sino el odio, la enemistad de todos contra todos, las pasiones bélicas, las luchas raciales, religiosas, nacionales y sociales (clima apropiado para el estallido de las guerras revolucionarias, imperialistas o hegemónicas).

Sin la moral social, sin el respeto a los derechos del hombre ni al derecho internacional entre las naciones, prevaleciendo el egoísmo sobre el altruismo, el imperialismo sobre la autodeterminación de los pueblos, tendría razón Deng Xiaoping cuando dice: *"cada generación tendrá su guerra"*.

Si a causa de nuestro gran progreso tecnológico y científico y de nuestro atraso moral, político, social, jurídico y filosófico, se produjera una nueva guerra mundial, todo el saber de nuestra época quedaría cuestionado: demostraría su inutilidad al ser incapaz de evitar y denunciar el peligro de una tercera conflagración universal. Una ciencia o una política que, como saber en el limbo, no expliquen el actual peligro de guerra ignorando lo esencial de nuestra civilización puesta a prueba, quizá permanentemente, con una irracional maquinaria bélica: submarinos nucleares, misiles con cabezas atómicas, bombarderos atómicos de gran radio de acción, bombas orbitales en el espacio exterior de la Tierra y una gama mortífera de ar-

mas químicas y bacteriológicas.

Así todo progreso se transformaría, por una rara dialéctica, en retroceso, no en el camino hacia el paraíso sino al infierno de la guerra nuclear. He ahí un gran fracaso de la ciencia o, mejor dicho, de los científicos, que descubren lo que no controlan; crean así una máquina para destruirse a sí mismos y a la humanidad: serían unos sabios burros: pues, no deciden sobre la aplicación social de sus descubrimientos ni de sus resultados históricos y políticos: si eso es ciencia, la ignorancia es filosofía.

#### La guerra y la paz

No hay buena guerra, ni paz que dure siempre, mientras el mundo no sea un solo país o una confederación mundial de países unidos: sin antagonismos de clases, raciales, regionales, religiosos o de otro tipo. Mientras el mundo esté dividido en "zonas superimperialistas de influencia" del imperialismo o del hegemonismo, la humanidad no se liberará de los conflictos armados. Así, durante las guerras, se pensará en la paz y, en tiempo de paz, se preparará otra guerra: mientras los vencidos no fuesen convencidos de haber ganado con los vencedores una justa causa; mientras los vencidos queden resentidos y oprimidos, preferirán una justa guerra a una mala paz.

Dentro de esta filosofía, Spinoza, con razón, dice: *"Por amor a la paz se pueden aprobar muchas cosas; pero si la esclavitud, la barbarie y la destrucción son adoradas con el nombre de paz, ella será para el hombre la mayor de las miserias"*. Se diría, pues, que si

el hombre no tiene derechos y libertades esenciales, si es reprimido, preferiría una guerra justa a una paz envilecida. Y por ello, precisamente, la guerra es un hecho repetido en tanto dure la injusticia humana: pues el hombre está condenado a ser libre por las buenas o por las malas.

Durante la primera mitad del siglo XX han estallado dos grandes guerras mundiales: hecho dramático repetido en 1914-18 y en 1939-45, coincidiendo con dos ciclos de crisis económicas, de desocupación de millones de trabajadores, de militarización de las economías en tiempo de paz, de tensión entre las grandes potencias que se disputaban el dominio del mundo, lo cual creó condiciones políticas y psicológicas favorables a la guerra y no a la paz. Por un lado, las potencias nazi-fascistas, más pobres que las potencias demo-liberales, y, por el otro, éstas que controlaban los imperios coloniales y buena parte del comercio mundial, estando frente a frente, no se entendían en las conferencias internacionales donde no se evitaba la guerra sino se la difería para más tarde.

Hoy existe una situación parecida en el mundo: crisis económica, desocupación en masa, guerra económica, militarización de las economías por todas partes, comercio intensivo de armamentos, crisis financieras colosales en los países subdesarrollados, tensiones en Afganistán, Camboya, Nicaragua, Polonia, Angola, Mozambique y conflictos árabe-israelíes jugando el mismo papel que, en 1936-39, jugaron la invasión de Austria, de los Sudetes o la de Etiopía.

El camino hacia la guerra se facilita cuando no se respetan los derechos hu-

manos (contenidos en el Acta de Helsinki o se rompe el "status quo" de los tratados internacionales), haciendo nuevos repartos del mundo que alteraron el equilibrio militar y económico entre las grandes potencias. En tales situaciones, económicamente, un país no está dispuesto a perder lo que otro gana a sus expensas, prefiere recurrir a la guerra, cuando la pueda ganar, cosa que pudiera producirse entre soviéticos y norteamericanos en el "arco estratégico de crisis" que va desde el Indico al Golfo Pérsico y a Pakistán.

En este sentido, la tercera guerra mundial bien pudiera estallar en Asia y no en Europa, como la primera y la segunda guerras mundiales. Europa ha dejado de ser el epicentro de las fuerzas históricas, ya que actualmente el eje de la historia se desplaza hacia Asia: geoestrategia del petróleo y geopolítica (antagónica) entre China y URSS. Pero el eje principal de la historia, no obstante, tiene una de sus lunas principales en América del Norte, por su gran poder tecnológico, económico y estratégico; y en América del Sur, por su gran reserva de materias primas en una zona alejada de los principales o posibles teatros de la

tercera guerra mundial. Así, pues, si América Latina supiera desarrollar sus economías, ante un mundo en ruinas (si estallara la tercera guerra mundial), se constituiría en una de las principales potencias de finales del siglo XX y, más aún, del siglo XXI.

Sin embargo, ahora América Latina está postrada económicamente: conmocionada políticamente con "golpes" de Estado y guerrillas (surgidas como hongos en Centroamérica, donde el principal enemigo de la paz no son los grupos "golpistas" o "sediciosos", sino una profunda crisis económica, monetaria y financiera). En Guatemala, Nicaragua, Costa Rica, Honduras y El Salvador, si tuvieran una economía próspera, si su crisis no fuera acumulativa, posiblemente con trabajo y bienestar para todos, habría paz, respeto a los derechos humanos: sin "transgresiones" o "infiltraciones" de fronteras, con armas y guerrillas de derecha y de izquierda.

#### Guerrillas e injusticia social

**A**mérica Latina se halla en un estado de *con-*

*moción interna* debido a una situación económica que se va deteriorando acumulativa y sistemáticamente. Así, por ejemplo, los tres más grandes países latinoamericanos, Brasil, Argentina y Méjico, respectivamente, en 1982, habían acumulado una deuda pública externa de cifras astronómicas: 81.000 millones, 39.139 millones y 80.000 millones de dólares. Prácticamente estos países se hallan en una situación de suspensión de pagos de sus obligaciones externas. Las amortizaciones y los intereses pagados por esa deuda ascendían, respectivamente, a casi la totalidad de sus entradas de divisas por exportaciones.

La deuda pública externa por habitante, en 1981, era de 1.402 dólares en Argentina, contra un producto nacional bruto por persona de 1.782 dólares: esa misma relación para Brasil y Méjico, respectivamente, alcanzaba 675 y 1.583 dólares; a 1.186 y 1.535 dólares; o sea, que en el caso de Méjico las deudas extranjeras "per cápita" se aproximan al valor de su renta nacional por habitante.

La violencia en Argentina, donde han sido transgredidos los derechos huma-

nos, así como en Brasil con el "batallón de la muerte", coinciden con un periodo de inestabilidad, de crisis económica y social, campo apropiado para la insurrección de izquierda o la represión de derecha.

Centroamérica, con su crisis económica, derivada principalmente de una relación de intercambio desigual que le es desfavorable, se ha descapitalizado y endeudado con el exterior a causa de vender barato y comprar caro en los mercados de los países industrializados, que se han ido haciendo tanto más ricos cuanto más pobres se fueron convirtiendo los países latinoamericanos.

Las exportaciones centroamericanas de minerales, azúcar, café, cacao, banano, tabaco, sisal y otros productos (animales, forestales, pesqueros, agrícolas), cuando subieron de precio durante la guerra de Corea fueron congelados sus precios por la Conferencia Internacional de Materias Primas; pero cuando bajaron de precio, se descongelaron sus cotizaciones, creando desfavorables relaciones de intercambio. En tan desiguales condiciones económicas Centroamérica se ha endeudado, cada vez más, como puede apreciarse en el cuadro siguiente:

DEUDA EXTERIOR DE ALGUNOS PAISES CENTROAMERICANOS Y DEL CARIBE

Países	Deuda total (millones de dólares)	Deuda por habitante (dólares)	Deuda por trabajador (dólares)	PNB por persona (dólares)	Reservas totales (millones dólares)
Costa Rica	4.000	1.739	4.878	1.527	200
El Salvador	649	141	441	609	122
Guatemala	1.100	146	440	1.178	495
Honduras	1.449	371	1.239	639	120
Nicaragua	4.200	1.555	6.000	897	76
Panamá	2.300	1.150	2.804	1.816	
Cuba	3.500	360	1.093	834	100
Rep. Dominicana	1.887	349	1.100	766	267

FUENTE: Cuadro compuesto por el autor con base en datos extraídos de una publicación de la Asociación de Editores de Madrid, con fecha 15 de noviembre de 1982. Algunas cifras corresponden a 1981 y otras a 1982.

Es evidente, a la luz de las cifras, que los países centroamericanos y del Caribe están pasando por una aguda crisis financiera: excesivo endeudamiento exterior, falta de divisas en las arcas de los bancos centrales, deuda por habitante y por trabajador con el extranjero superior al producto nacional bruto (PNB) por persona, todo lo cual indicaría que se puede llegar a una suspensión de pagos con el exterior a menos que las deudas externas sean renegociadas a largo plazo.

Costa Rica, país práctico y democrático, como consecuencia de que tuvo que importar caro el petróleo y los productos manufacturados y exportar baratos sus productos primarios, se ha endeudado, con el extranjero, por habitante en igual medida que otros países centroamericanos, quizá un poco menos que Nicaragua, pero si la crisis económica costarricense no es superada, mediante un profundo reajuste de su economía, para producir más y mejor y renegociar su deuda externa, a la par que recibir nuevos créditos generosos, podría ir de la crisis económica a la crisis social. Entonces no habría en Centroamérica países pacíficos. Así la guerra podría extenderse a todo el istmo centroamericano. Ello constituiría una gravedad para la historia universal contemporánea, estallando un conflicto interno de clases antagónicas y otro externo: quizá entre Norteamérica (rica) y Centroamérica (pobre); más bien empobrecida por un comercio inequitativo, desigual, entre los países industrializados y los países subdesarrollados.

Si la "brecha" económica y tecnológica entre las dos Américas se hace cada vez más grande, con más renta por habitante en el

Norte y menos en el Sur, unas diez veces más en uno que en otro, y si la población en el Sur se duplica en menos de treinta años, según su crecimiento actual por año, mientras Norteamérica necesita unos cien años, no cabe duda que el conflicto entre las dos Américas tenderá a aumentar y no a disminuir en los finales del siglo XX, de continuar sin cambios las tendencias actuales de incremento desigual de la población entre las dos Américas, cuyo desarrollo económico y tecnológico desproporcionado crearía condiciones favorables a situaciones como las que se viven actualmente, en pleno desarrollo de la violencia, en Centroamérica.

Si los países pobres no pueden pagar lo que deben a los países ricos, aquéllos no prosperarán tampoco, pues la prosperidad en el mundo se va haciendo indivisible (compartida), o nadie podrá salvarse de una colosal crisis económica como la que está pasando el mundo, agravada por los "shocks" petroleros después de 1973. Si se explota a los países subdesarrollados, comprando barato y vendiendo caro en ellos, se les van robando, poco a poco, las divisas que ganarían con un comercio equitativo (justo), a la par que se les endeuda con créditos onerosos, cuyo monto debería haberse ganado, justamente, con un comercio sano, no de filibusteros.

Sin un derecho económico, sin un comercio internacional sano, moral, inspirado en la ley de equivalencia de intercambio y en la de la cooperación internacional, no hay prosperidad, paz y libertad para ningún país, sino condiciones políticas, sociales y psicológicas para "intervenciones", "invasiones", "infiltraciones", guerrillas y "golpes" de Es-

tado, que pondrán al mundo, en cualquier momento crítico, al borde de la guerra o dentro de ella.

América Central comienza a arder por algunas de sus zonas: el partido del descontento es el más grande de todos, saliendo de ahí la violencia de izquierda o de derecha; violencia fanática que sólo ve la revolución o la contrarrevolución en el derramamiento de sangre, en el exterminio de grupos colectivos, sobre todo en el campo, en vez de encontrar soluciones económicas, políticas, sociales, con reformas profundas y oportunas, que eviten la masacre de poblaciones inocentes. Si los países centroamericanos tuvieran más alimentos y menos armamentos, más economía y menos ideología, más prosperidad y libertad, menos opresión y más expansión de la economía, más trabajo y bienestar, más cooperativas y menos monopolios, una industria moderna y un justo régimen de tenencia de la tierra, Centroamérica sería así una región de paz.

El deterioro de la economía centroamericana, particularmente acelerado después de los dos "shocks" petroleros internacionales, en 1973 y en 1981, en una zona no productora de hidrocarburos, ha endeudado, sistemática y acumulativamente, a Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Panamá y a otros países latinoamericanos importadores de petróleo.

A medida que la crisis económica se ha ido agravando, la violencia ha comenzado a estallar por distintas zonas del istmo centroamericano. La declinación de las cotizaciones de los productos tropicales de exportación, propios de

Centroamérica, y la subida vertical de los precios de los crudos importados, creó una crisis financiera y monetaria, diferida pero no resuelta con más créditos exteriores, más endeudamiento, que no ha detenido la salida de divisas convertibles o de reservas áureas de los bancos centrales centroamericanos. A su vez, las monedas nacionales centroamericanas se fueron debilitando, el costo de la vida fue en aumento, así como la inflación, teniendo que devaluarlas, de tiempo en tiempo, sin que esos remedios hayan podido evitar la enfermedad: salir de la crisis económica importada (externa), o provocada internamente por no saber hacer reformas económicas, sociales y políticas, que hubieran evitado la propagación de la violencia.

En una época de civilización planetaria, cuando las estrategias de las grandes potencias son globales, Centroamérica, debilitada económicamente, se ha prestado a manipulaciones internacionales imperialistas o hegemónicas en que los "servicios multinacionales" se hacen, recíprocamente, "guerra por procuración", con telecomandos en el Este o en el Oeste.

La guerra directa entre las grandes potencias (mientras los armamentos nucleares no estén prohibidos mediante un convenio internacional que sea respetado), no es fácil hacerla a nivel atómico, ya que supondría la destrucción recíproca de los contendientes. Por tanto, las "guerras sucias" (indirectas), ganando un país para un bloque, a la par que se pierde para otro, se han puesto de moda. Sin embargo, los frentes de guerras marginales se han hecho muy rígidos: es difícil avanzar así en líneas que no ceden; pues tras ellas está el



imperialismo o el hegemonismo. Ello supone un grave peligro de guerra mundial inducido por guerras marginales incontroladas. Por consiguiente, a Centroamérica, para evitar la violencia, hay que desarrollarla económica, cultural y tecnológicamente, a fin de que haya trabajo y prosperidad, paz y libertad, para todos.

## Capítulo II

### LOS DERECHOS HUMANOS EN LA EPOCA DE LA GUERRA TOTAL

#### Estrategia nuclear y guerra revolucionaria

El mundo en que vivimos es muy contradictorio: pareciera evolucionar desde un estado mejor hacia otro peor, desmintiendo así la ilusión de la ley del progreso. No es que tengamos una visión pesimista del futuro, subjetiva o voluntarista. No; pues la realidad demuestra que la "sociedad de consumo" se está acabando en los países industrializados, donde hay más de treinta millones de desocupados, la crisis económica golpea cada vez más fuerte, la población ya no se reproduce como consecuencia de un infanticidio prenatal, la carrera armamentista absorbe buena parte del excedente económico para producir instrumentos de destrucción y no de producción, las ideologías o las políticas vigentes se han desprestigiado, quedando tan obsoletas como los museos de antigüedades. Por otra parte, en los países subdesarrollados, según los métodos utilizados, la desocupación puede llegar al 30 ó 40 % de su población activa; su deuda extranjera con los países ricos al-

canza, aproximadamente, a unos 600.000 millones de dólares; éstos, cada año, gastan en sus programas de defensa nacional más millones de dólares que el total de la deuda externa de los países afro-asiáticos y latinoamericanos.

En los países del bloque soviético (donde Rusia está gastando alrededor del 15 % de su renta nacional bruta en la defensa nacional, y exige parecidos sacrificios a los países de su bloque estratégico), la crisis económica no es menor que en algunos países del Tercer Mundo. Así, por ejemplo, Polonia no puede pagar su pesada deuda extranjera con los países occidentales, estimada en unos 27.000 millones de dólares, que de pagarla insumiría la casi totalidad de sus entradas de divisas anuales por exportaciones. Rumania, con 12.000 millones de deuda exterior, dejó de pagar, en 1981, unos 1.500 millones de dólares en concepto de intereses, teniendo que liquidar, además, otros 3.000 millones, en 1982. Cuba, tampoco es una excepción: solicita, de sus acreedores occidentales, no pagar el 95 % de sus obligaciones extranjeras hasta dentro de diez años, con tres o cuatro de carencia.

Rusia está importando, hace años, unas cuarenta millones de toneladas de granos para alimentar a su población y, sobre todo, a su ganadería, teniendo que gastar, anualmente, muchos miles de millones de dólares, entregar sus reservas de oro, producción de titanio, níquel, platino y paladino, que los norteamericanos dedican a la fabricación de armamentos sofisticados. La deuda extranjera de Rusia, si bien no es tan grande relativamente como la de Polonia, Rumania, Yugoslavia o Cuba, está alcanzando lími-

tes, pasados los cuales no tendría oro ni divisas convertibles para seguir importante (pagando) los granos y la mantequilla de Estados Unidos. Se crearía, así, en la Unión Soviética, el dilema de "cañones o mantequilla". Ello expondría a los dirigentes del Kremlin ante el desprestigio político, ante el descontento del pueblo (el mayor de los partidos), como sería ahora el caso entre gobierno y pueblo en Polonia.

Hacia los cuatro puntos cardinales del mundo caminan los cuatro jinetes del Apocalipsis, si el mundo no entra en la edad de la razón, convirtiendo los armamentos en instrumentos de producción, las bombas atómicas en energía productiva, el acero en maquinaria para dar trabajo a millones de obreros en vez de destinarlo a fabricar cañones, tanques, buques de guerra, fusiles y ametralladoras. No es racional que el mundo —todos los años— eche al pozo vacío del rearme unos 800.000 millones de dólares que pagarían (y sobrarían todavía unos 200.000 millones) las deudas que agobian a los países del Tercer Mundo. Con esos miles de millones de dólares, invertidos productivamente, se podría mecanizar y abonar la agricultura de los países afro-asiáticos y latinoamericanos, donde la mitad de su población pasa hambre y hay unos quinientos millones de desocupados; donde la población se duplica en poco más de treinta años; y representa ahora el 75 % de la población mundial.

¿Quién piensa —si no es un optimista incondicionado— que en el año 2000 se vivirá mejor que en nuestra época? Lo más probable es que la explosión de la población en el Tercer Mundo —la "cama pródiga y la mesa

escasa"— cree una situación de subversión, parecida a la que se está viviendo en Centroamérica, donde la crisis económica crea la crisis social y ésta la tensión política que conduce a la guerra de guerrillas. Por eso decimos que, si el mundo no entra en la edad de la razón, iremos desde una situación mejor a otra peor. ¿Pero hasta dónde y hasta cuándo. . . ?

El mundo de nuestro tiempo está experimentando una profunda crisis, no sólo económica sino de la energía, de agotamiento de recursos naturales, de contaminación ambiental (de empeoramiento de la calidad de vida), de decrecimiento de la población en los países ricos y de aumento rápido en los países pobres. Todo ha sido ensayado: ideologías, políticas, neocapitalismo, capitalismo de Estado, keynesianismo, marxismo-leninismo, nazi-fascismo, liberalismo. Falta, pues, una democracia directa (asociativa), basada en la cooperación y la autogestión, que fuera capaz de distribuir la crisis equitativamente para superarla entre todos, solidaria y mancomunadamente: sin terrorismo, sin democracia retórica, sin totalitarismo de izquierda o de derecha, respetuosa de los derechos y las libertades esenciales del hombre.

Estamos frente al peligro de una tercera guerra mundial, provocada por las ambiciones imperialistas de las grandes potencias o por pequeñas guerras marginales, nacionales o revolucionarias, que, por contagio, hagan estallar todos los muros de contención de los antagonismos bélicos, simplemente porque se produzca —como en 1913— un atentado contra un príncipe austriaco en Sarajevo; o —como en 1939— por invadir las



tropas alemanas el pasillo de Dánzig.

La chispa que puede encender la pradera puede saltar en cualquier sitio; pues hay varios "focos" de inestabilidad en el mundo: 1) Medio Oriente; 2) Centroamérica; 3) Afganistán; 4) Camboya; 5) Sudáfrica-Angola-Mozambique; 6) conflicto permanente entre judíos y árabes; 7) Polonia y la URSS; 8) conflicto permanente entre China y la URSS; 9) guerra de guerrillas por toda la geografía inestable del Tercer Mundo; 10) aumento del ejército de desocupados en el mundo, especialmente de jóvenes, que puede sacudir —desde dentro— a una civilización decadente, en crisis.

A la tradicional contradicción Este-Oeste, que pareciera haber sido dominante desde la terminación de la segunda guerra mundial, se ha añadido la contradicción Norte-Sur, entre países industrializados y subdesarrollados, que conmueve un orden mundial frágil. En las cinturas geográficas tropicales y subtropicales del mundo, hacia el Hemisferio Sur, viven las tres cuartas partes de la población mundial, pero con

menos del 20 % del producto interno bruto del mundo y, más o menos, el 10 % de la producción industrial mundial. ¿Cómo podría, así, haber paz entre las naciones si a falta de un derecho equitativo, unas están contra otras? Si un país no puede ganar sin que otro pierda y si una región es rica porque otra es pobre: ¿Cómo conservar así la paz en un mundo tan contradictorio?

#### Derechos humanos y guerra nuclear

**L**a economía de guerra en tiempo de paz se está tragando una buena parte de la riqueza para aumentar la pobreza: Estados Unidos y la Unión Soviética, con sus grandes gastos en un rearme que nunca termina, se preparan para la más total de todas las guerras.

Según estimaciones del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos, de Londres, según datos para 1980, Rusia estaba invirtiendo, en la defensa nacional, 193.900 millones de dólares y Estados Unidos, 128.260 millones, respectivamente,

el 15 % y el 6 % de su renta bruta nacional. Pero en 1982 los norteamericanos invertirían en sus programas de la defensa nacional más de 250.000 millones de dólares. Como la economía norteamericana es, aproximadamente, el doble de producto interno bruto que la soviética, con el 8 % de ese producto invertido en gastos militares, se aproximaría, en cantidad de miles de millones de dólares, a las inversiones soviéticas en la defensa.

En la Unión Soviética ya hay sólo dos sectores de su economía: la militar y la civil, pero con tendencias a aumentar la primera sobre la segunda. En Estados Unidos el déficit presupuestario, en cuatro años, ascendería a 481.300 millones de dólares. De esta manera el derecho de los consumidores es sacrificado a la expansión de los complejos militares (soviético y norteamericano) que amontonan armamentos para el desafío final.

La carrera armamentista supone una guerra económica entre los "dos grandes": donde antes falte la mantequilla, el pan, la carne, los bienes y servicios de la economía de paz, necesari-

amente tendrán que producirse —si no estallara la guerra— insurrecciones, descontento popular, manifestaciones de protesta y otras acciones políticas y sociales. Para que la depreciación de la economía de guerra —insostenible para los consumidores— no llegue a derrocar a los gobiernos impopulares, éstos, antes de verse atrapados revolucionariamente en sus frentes internos, sacarán sus contradicciones internas al exterior en forma de guerra internacional.

Los armamentos modernos cuestan muy caros: un submarino "trident" y un portaviones nuclear, con todos sus equipos y armas, cuestan, cada uno, unos 5.500 millones de dólares; un bombardero B-1 costaría entre 100 y 140 millones de dólares; su proyecto total insumiría 18.000 millones de dólares y el dominio del espacio extraterrestre, donde se hará la guerra, supondría unos 300.000 millones de dólares. El rearme, por tanto, es caro y nunca definitivo, pues hay que renovar las armas modernas cada diez años. El arsenal atómico y convencional del Este y del Oeste es ya colosal como puede apreciarse en los cuadros siguientes:

#### ESTE-OESTE: FUERZAS NUCLEARES COMPARADAS

Clase de armamentos	E.E. U.U. y OTAN	URSS y Pacto de Varsovia
Cabezas nucleares estratégicas	9.650	8.130
Misiles intercontinentales	1.052	1.398
Misiles de cabezas múltiples	18	650
Misiles lanzados desde submarinos	688	950
Bombarderos estratégicos	464	216
Submarinos nucleares	43	86

FUENTE: Military balance. Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres. London, 1980.

ESTE-OESTE: FUERZAS CONVENCIONALES EN PRESENCIA

	E.E. U.U.	OTAN	URSS	Pacto de Varsovia
Hombres	2.049.000	2.933.000	3.673.000	1.115.000 (Sin URSS)
Total de hombres OTAN más E.E. U.U.	-	4.933.000	-	-
Total de hombres URSS más Pacto de Varsovia	-	-	-	4.788.000
Tanques: Total OTAN	3.000	14.053	32.000	-
Tanques: Total Pacto de Varsovia	-	-	-	26.300
Artillería: Total OTAN	4.650	21.996	26.000	-
Artillería: Total Pacto de Varsovia	-	-	-	20.642 (a)
Marina: Unidades de la OTAN (Total)	-	1.414	-	-
Marina: Total unidades Pacto de Varsovia	-	-	-	1.490
Aviones: Total OTAN	-	5.804	-	-
Aviones: Total Pacto de Varsovia	-	-	-	9.154

FUENTE: **Military balance.**

a) No incluye la gran masa de artillería soviética.

En cuanto a la OTAN, del total de tanques 3.000, de la artillería, 1.650, 187 unidades navales y 1.482 aviones pertenecen a Estados Unidos. Y en el Pacto de Varsovia, 32.000 carros no estaban incluidos en él sino dependían directamente de la URSS, así como 999 unidades navales y 6.795 aviones.

La economía de guerra de las grandes potencias está monopolizada por oligarquías burocrático-militares, que controlan los complejos militar-industriales como cosa propia, no dando ninguna participación efectiva a los pueblos que, apretándose el cinturón, pagan con crecidos impuestos los costos astronómicos de realización de los programas de la defensa.

En los cuadros anteriores, con la elocuencia de sus cifras, las armas nucleares y convencionales, los misiles de largo y mediano alcance con cabezas atómicas, pueden destruir, en gran parte, naciones-continentes como Estados Unidos y la

Unión Soviética. Si la tercera guerra mundial tomara el nivel nuclear —táctico o estratégico— sería la más total de todas las guerras: podría pulverizar, en poco tiempo, ciudades enteras, grandes fábricas, puertos, nudos estratégicos de comunicaciones, aeropuertos, cuarteles, edificios de ministerios y otros objetivos estratégicos.

Si entrara en acción el arsenal atómico de nuestro cuadro (con misiles lanzados desde aviones estratégicos, submarinos nucleares y cohetes intercontinentales), las ciudades y grandes industrias estratégicas, más que los frentes, soportarían la hecatombe de la guerra total, ya que se tiraría al te-

ritorio de los países más que a las líneas de fuego constituidas por sus soldados regulares. La guerra, en estas condiciones totales, abarcaría todos los espacios y, por tanto, debe ser modificada la doctrina clásica de la defensa nacional: pues había que defender las fronteras con tropas regulares; las retaguardias, con milicias territoriales, que autoorganizan a las poblaciones despa-  
voridas que salgan de las ciudades atomizadas. Únicamente así, dentro de una guerra total, se pueden defender, dentro de lo posible, los derechos humanos esenciales de la persona humana:

— derecho a la propia vida por medio de la au-

toorganización y de la solidaridad humana:

- derecho a un hogar de emergencia y a la adquisición de lo indispensable para la alimentación familiar o personal;
- derecho a la propiedad de sus efectos personales no dejando que huestes transhumantes depreden las economías locales o personales;
- derecho a participar todos en la producción y la autoadministración local, para salvar del caos a la comunidad; y

derecho a la inviolabilidad de la familia y del matrimonio en situación de emergencia, aunque éste y ésta estuvieran en una choza precaria como consecuencia de la guerra total.

En caso de guerra total, después de haber salido de las ciudades millones de seres humanos —principalmente mujeres, viejos y niños—, los derechos y las libertades fundamentales del hombre sólo podrían ser garantizados poniendo en armonía los derechos personales con los de la comunidad autoorganizada para sobrevivir ante una catástrofe nuclear.

La doctrina de la defensa nacional, si la guerra nuclear llegara a ser total o limitada, requeriría que, en cada comarca o región, las poblaciones rurales, aumentadas con miles de refugiados provenientes de las ciudades, se autoorganizasen la población y la producción, las reservas de víveres, la búsqueda de alimentos vegetales comestibles, bayas o frutos, que no sean nocivos para la salud.

Si millones de personas salen desorganizadas al campo —sin que nadie se preocupe por establecer un orden civilizado, frente a posibles depredadores—, con intenciones del hombre de las cavernas, la población se expondría a ser aniquilada por hambre o por hombres con instinto de fieras. Para evitar estos peligros de auto-destrucción de los refugia- dos habrá que organizar milicias territoriales, que vigilen y trabajen, que produzcan y defiendan sus comarcas, que estén dispuestas a combatir tropas aerotransportadas enemigas, tratando de tomar un país desde su retaguardia. En este orden

de ideas, la doctrina de la defensa nacional debe ser modificada ante el peligro de la guerra nuclear, pues la doctrina convencional, teniendo el monopolio de la defensa los ejércitos regulares, no basta ni para defender a un pequeño país de una gran potencia, ni para autoorganizar a las poblaciones en su propio interés general, a fin de evitar el retorno a la lucha animal por la existencia.

Para evitar epidemias entre miles de refugiados, proveer agua potable, alimentos frugales, sanidad e higiene para evitar enfermedades infecciosas, las milicias territoriales, los grupos de autoorganización de la producción y de la distribución, respetando los derechos humanos más elementales, pueden evitar a la humanidad, en caso de guerra nuclear total, volver a la Edad de Piedra o a una nueva Edad Media.

### El precio de la guerra

La guerra se ha convertido en un demonio incontrolado: una bomba de una megatonelada puede destruir edificios de ladrillo a una distancia de cinco kilómetros de su epicentro de explosión: una bomba de diez megatoneladas, si bien su capacidad de destrucción no sería proporcional a su carga con respecto a la de una megatonelada, aniquilaría todo lo que encontrase en un radio de acción de varios kilómetros y afectaría a una zona de muchos kilómetros cuadrados. Más precisamente: una bomba de diez megatoneladas puede pulverizar todo en un radio de once kilómetros y contaminar, con sus efectos residuales, 3.000 kilómetros cuadrados de extensión. Esta capacidad de aniquilamiento

la tienen los misiles soviéticos o norteamericanos intercontinentales, equipados con diez cabezas nucleares cada uno; lanzados desde tierra o desde submarinos atómicos, alcanzarían distancias de hasta unos 11.000 kilómetros desde su punto de lanzamiento.

La humanidad está sobresaturada de kilotoneladas y megatoneladas destinadas a su autodestrucción: con los arsenales nucleares actuales en poder de las potencias atómicas, cada habitante del mundo dispone de cien toneladas de TNT como explosivo equivalente. Si toda esa energía mortífera fuera utilizada para la producción, mediante una sana investigación pacífica, convirtiendo la energía nuclear sucia en limpia, habríamos superado la escasez de energía mundial.

En la guerra moderna un bombardero de gran radio de acción como el B-1 y el Backfire, el primero norteamericano y el segundo soviético, son capaces de lanzar en un día, con cargas nucleares, una cantidad de explosivo equivalente al lanzado durante la segunda guerra mundial. Significa, pues, que la guerra se está haciendo muy destructiva, ya que es más barato, cada vez, destruir más kilómetros cuadrados a precio más reducido. Así, por ejemplo, diez kilotoneladas de explosivo atómico cuestan unos 350.000 dólares; doscientos kilotoneladas, 500.000 dólares y dos mil kilotoneladas, 600.000 dólares; o sea, que cuantos más kilotoneladas contiene una bomba más baratos son: su costo es decreciente.

A la luz de esta aritmética infernal con una bomba de diez KT se pudo destruir, en 1945, la ciudad de Hiroshima, donde murieron miles de habitantes; pe-

ro en 1982, si estallara una guerra nuclear, con dos mil KT quedaría despanzurrada una megalópolis moderna que fuera su blanco elegido. Por consiguiente, hemos progresado mucho para autodestruirnos. Y cabría preguntarse que si no somos capaces de controlar nuestras ciencias y técnicas, si no progresamos moral, social y políticamente, al mismo ritmo que científica y técnicamente, todo nuestro progreso, por una ironía dialéctica, se transformaría en retroceso: en retornar, otra vez, gracias a la ciencia, al hombre de las cavernas.

Durante un decenio de guerras, que sumarían las dos guerras mundiales de 1914-18 y de 1935-45, hemos destruido riquezas que habrían sido capaces de crear una sociedad de abundancia, que hubiera borrado las diferencias económicas entre las clases antagónicas (evitando las revoluciones), y las diferencias económicas entre países pobres y ricos (haciendo innecesarias las guerras). Si a los años de guerras mundiales añadiéramos la desutilización de las fuerzas productivas en las crisis económicas de 1929-32 y de la crisis comenzada en 1973 (con la crisis mundial de la energía, que no se ha resuelto todavía), si tuviéramos en cuenta la producción perdida en las crisis económicas modernas y la destrucción de riquezas en las guerras, la humanidad (si fuera cuerda, si hiciese alcanzado la edad de la razón) sería un paraíso sin clases sociales en lucha revolucionaria ni guerra entre las naciones (siendo todas prósperas y felices no serían capaces de luchar entre sí).

Las guerras son muy caras: la primera guerra mundial costó diez millones de muertos y veinte millones de heridos: su valor econó-



mico fue estimado, al máximo, en 360.000 millones de dólares. El presupuesto de guerra de Estados Unidos, en 1983, ascendería a 263.000 millones de dólares; el de la Unión Soviética, podría ser superior a esa cifra. Así las cosas, los presupuestos de la defensa de E.E. U.U. y URSS (sumados juntos), en época de paz, alcanzarían a cifras mayores que todo el costo de la primera guerra mundial durante cinco años de combates. Digamos, pues, que un solo día de guerra nuclear, quizá sólo las primeras horas de disparos con misiles de cabezas atómicas múltiples, produciría más destrucción que las dos guerras mundiales en diez años de lucha.

La segunda guerra mundial resultaría, respecto a la tercera guerra mundial, apenas una escaramuza de taberna. No obstante, durante la conflagración de 1939-45, hubo unos cincuenta millones de muertos y noventa millones de heridos y destrucciones equivalentes a 3 billones 500.000 millones de dólares. Estas cifras astronómicas, correspondientes a unos cinco años de guerra mundial, no tienen ninguna importancia en nuestra época, pues los gastos militares de Estados Unidos, para tiempo de paz, desde 1982 a 1986, ascenderían a 1 billón 600.000 millones de dólares. Si a esa suma se añadieran los gastos de la defensa en la Unión Soviética, tendríamos así, para tiempo de paz, un equivalente a todos los gastos bélicos de la segunda guerra mundial.

Ha llegado, pues, el tiempo de que el hombre, alegre y confiado, desinformado, piense en su porvenir inmediato, que puede ser peor que el pasado, si estallara la tercera guerra mundial, perspectiva más proba-

ble que imposible, según están las cosas en el mundo con guerras marciales, guerrillas, atentados, secuestros, terrorismo de todo tipo: ¿prólogo a la entrada en el infierno de la guerra nuclear?

Lo posible es que nuestra civilización camine hacia su autodestrucción, si no es capaz de asimilar su ciencia y técnica pacíficamente. El ordenador, la energía atómica, el satélite artificial, la automatización de la producción, las empresas multinacionales, la mundialización del mercado, el mundo a la escala planetaria, la información mundializada, requieren una política, una economía, una filosofía menos burguesas o burocráticas, una sociedad comunitaria, con libertad y productividad, con derechos humanos; una confederación de países unidos, capaces de prosperar juntos sin guerras ni violencias. Lo lamentable, de nuestra época, es que estamos en ciencia y tecnología en el siglo XX y en política y filosofía en el siglo XIX, no pudiendo así asimilar nuestro gran progreso económico y tecnológico sin volver, una y otra vez, a las guerras o a las revoluciones que, hechas por el imperialismo o por el socialismo burocrático, no resuelven nada: reproducen el mito de Sísifo, mientras el pueblo no sea el sujeto activo de la historia.

Frente a una tercera guerra mundial, que puede ser la más total de todas las guerras, el hombre tiene que participar en la lucha por transformar una sociedad antagónica entre clases sociales y naciones rivales, para que no haya guerra ni falsas revoluciones que, andando el tiempo, se convierten en contrarrevolucionarias. Y todo porque el hombre ideológico, pero no lógico,

delega y no ejerce su protagonismo en la política; no será libre mientras no practique la democracia directa.

### ¿Un mundo sin alternativa?

Nos hallamos en un mundo muy contradictorio sin saber hacia donde va: hay mucha información, pero manipulada, para crear la mentalidad de un hombre alineado, desinformado, a fuerza de estar informado. Nadie es lo que se dice: nadie se informa verazmente sobre lo que está haciendo realmente. Y cuanto más sabe el hombre sobre la naturaleza por medio de la ciencia ignora todo sobre la autoorganización de la sociedad, para hacer posible la libertad, no retórica sino práctica, mediante la participación de todos en todo en función de empresas autogestionarias, cooperativas, comunidades, mutualistas y autogobiernos que (desde bases autoorganizadas, mediante un coherente federalismo) den solidez a la democracia. Pues, mientras la libertad dependa del Estado y no del pueblo autoorganizado, todos los gobiernos serán monopolio de una clase política privilegiada, en el Este o en el Oeste.

El mundo actual, tanto en los países comunistas como en los capitalistas, necesita ser reestructurado económica, política y socialmente. Ni la burocracia totalitaria del Este ni la burguesía monopolista del Oeste, con sus multinacionales ideológicas o economías, evitan la crisis económica, la injusticia social, la guerra, la explotación del hombre por el capital privado o de Estado. Bajo el hegemonismo o el imperialismo el mundo constituye un permanente antagonismo: carrera armamentista, intervenciones ar-

madas bajo la hoz y el martillo o bajo la bandera norteamericana estrellada.

Todo indicaría que nos hallamos, ya, en el camino a otra sociedad diferente que la actual: la "sociedad de consumo" puede terminar en la pobreza; el modelo soviético no es socialista sino un capitalismo de Estado; el Estado-providencia, tanto en el Este como en el Oeste, quiere resolverlo todo y no resuelve nada, sino más inflación, más déficit presupuestario, más impuestos, más óxido burocrático: los países subdesarrollados se rebelan contra la explotación de los países industrializados; los países socialistas bajo el imperio soviético comienzan a rebelarse airadamente, como el pueblo polaco; la crisis de la energía no ha sido solucionada sino diferida, quizá para agravarla; la contaminación ambiental del aire, la tierra y el agua cuestiona una industrialización irracional inspirada en el "laissez faire, laissez passer" y no en el interés general; la ciencia (controlada por los grandes monopolios) produce descubrimientos que no liberan al hombre sino lo amenazan con su destrucción en masa; la desocupación de millones de personas se extiende por todo el mundo (no habrá seguridad social capaz de financiarla, mientras no creemos una economía de gestión directa del capital por el trabajo, sin clases parasitarias que perciban la plusvalía: burocracias del Este o burguesías del Oeste). En fin, nuestra sociedad, dominada por el Estado, mientras no intervenga directamente, y cada uno cargue con su parte correspondiente de la crisis, jamás saldremos de ella con marxismo-leninismo (como en Polonia), o con economía dirigida keynesiana (como en Argentina, Brasil, Méjico

y otros países que sería prolijo enumerar).

No podemos o no debemos permanecer impasibles viendo que la crisis se agrava cada año que pasa. De seguir así las cosas, para eliminar estos males, como pensaban muchos clásicos, quedaría un recurso: la guerra. Si se crea un mal más grande que todos los demás, no se hablará más de éstos. Entonces, al destruir una considerable cantidad de riquezas y muchos millones de seres humanos, se resolvería el paro obrero, empleando un remedio peor que la enfermedad que se intentaba curar. Pero si el pueblo es pasivo, si no quiere ejercer directamente la democracia, tendrá que pasar por lo peor.

Llegar hasta el apocalipsis, como el final de un camino a un precipicio, no es racional; deben haber otras soluciones que no signifiquen el holocausto nuclear. Sin embargo, aunque se produjera lo peor, no creemos que la Humanidad esté ahora en situación peor que estuvo Noé ante el Diluvio Universal. Sin duda éste fue el primer ecologista de la historia: salvó una pareja de cada especie; pudo así reconstruir la naturaleza viviente y la Humanidad. Si ya en el pasado —en el libro sagrado de la **Biblia**— se nos habla que hubo una catástrofe diluvial, pensamos que la guerra nuclear es, por tanto, un riesgo menor que el que experimentaron los hombres de la antigüedad.

Sin embargo, no debemos repetir los ciclos largos de hecatombes universales: mejor sería entenderse las naciones y las clases rivales formando una gran patria universal, confederada más que unida, haciendo del mundo un solo país para lanzarnos, no unos contra

otros, sino todos juntos a la conquista del espacio cósmico, donde el hombre, no siendo enemigo del hombre, será más que los dioses del Olimpo.

Vivimos en un mundo dividido en compartimentos-estancos nacionales: América Latina, que pudiera ser una gran confederación de pueblos libres, se ha dividido en pequeñas "republiquetas" dominadas por las empresas multinacionales. A este respecto bueno sería subrayar que el volumen de ventas de la empresa petrolera Exxon y de la General Motors Company constituye un negocio mayor que todas las empresas industriales de veinte países latinoamericanos. Por consiguiente, en la división de los países latinoamericanos reside la causa principal de su decadencia económica, de su insignificancia frente a las grandes potencias, de su falta de perspectiva histórica para pasar los grandes peligros del siglo XX y constituirse, en el siglo XIX, como Confederación de Pueblos Latinoamericanos: una de las grandes potencias destinadas a asumir la historia y no a figurar en la historieta.

Hay que tener noción del tiempo en que vivimos, tiempo de las naciones-continente, como Estados Unidos, Unión Soviética y China. Y no porque lo grande tenga valor en sí mismo, sino porque para producir equipos completos de ordenadores de gran capacidad, explotar por sí la energía nuclear, salir al espacio exterior y tener un poderío estratégico y demográfico como las naciones-continente, hay que partir de la existencia de muchos millones de habitantes, de productos internos brutos superiores a 500.000 millones de dólares. Pues mercados como los de los países centroamerica-

nos no permiten tener empresas multinacionales, energía atómica en producción o como disuasión, ordenadores de investigación y de uso estratégico, satélites artificiales, no para hacer la guerra, sino para asegurarse la paz frente al hegemonismo o el imperialismo, mientras el mundo no sea un solo país.

En América Latina todas las políticas que no tiendan a constituir una Confederación de Pueblos Latinoamericanos —sean de izquierda o de derecha— son anacrónicas, no tienen vigencia, pues postulan ideologías opuestas a la realidad latinoamericana. Los pueblos latinoamericanos, confederados desde el Río Grande del Norte hasta el Cabo de Hornos, reuniendo sus poblaciones, sus recursos naturales, sus grandes mercados, sus fuentes de energía, ganarían su derecho a la paz, a la prosperidad, a la libertad y a escribir la historia futura sin que se la dieten, como ahora, las grandes po-

tencias imperialistas o hegemónicas.

El mundo, sin alternativa, no debe pasar de un estado mejor a otro peor: debe progresar y mejorar su situación económica, política y social; tiene que superar, de una vez por todas, las crisis económicas, las luchas de clases y las guerras marginales o mundiales; de hacer posible la convivencia humana entre razas diferentes, religiones distintas y pueblos diferentes; ha de asegurar las libertades fundamentales y los derechos humanos en todos los pueblos.

Inauguremos una nueva civilización que tenga como frontera nacional el contorno global de la Tierra. No toleremos a ningún país que pueda ejercer el derecho de la fuerza, sino hagamos cumplir a todos los pueblos el derecho internacional, la fuerza del derecho. Con ello aseguraremos la paz, la justicia y la libertad, los derechos fundamentales del hombre.